

«Padre?...» ¡Palabra digna del respeto, de la obediencia y del amor del Hijo de Dios á su Padre!... Adaptémosla á nosotros mismos, y apliquémosla á todas las dificultades chicas ó grandes que encontramos en la práctica de la virtud... Aquellas obligaciones gravosas de nuestro estado, aquellos placeres de que debemos privarnos, aquella enfermedad, aquella pobreza, aquella pérdida, aquel desprecio, aquella afrenta, aquella persecucion; hé aquí el cáliz que debemos beber, tomando ánimo de dos motivos: el primero, porque es Dios nuestro Padre el que nos lo presenta. No consideremos las criaturas, las cuales en sus manos no son otra cosa que instrumentos de que él se sirve. El segundo, porque nuestro Salvador lo ha bebido primero, y despues de él todos sus Apóstoles y todos sus Santos... ¡Ah! ¿qué comparacion hay entre nuestro cáliz y el suyo? ¿Serémos nosotros tan cobardes, tan enemigos de nosotros mismos que rehusemos beberlo? ¿Ignoramos que despues de haber bebido este cáliz estaremos eternamente bebiendo en un torrente de delicias en el cielo ¹? ¿Preferirémos beber en el cáliz envenenado de los pecadores? Pero ¿ignoramos que despues de sus breves y vergonzosos placeres beberán ellos hasta las heces el cáliz de la cólera de Dios en una eternidad de suplicios ²? No será ya entonces un Dios Padre que presentará un cáliz de salud, sino un Dios enemigo y vengador del pecado, cuya justicia se llamará sin misericordia ³.

Peticion y coloquio.

No, ó Señor, no escucharé ya mas los falsos amigos que me inspiren el moderar las penas anejas á mi estado. Este es el cáliz que Vos me presentais; no me lo dejaré quitar de la mano, lo beberé hasta la hez. Todo lo sufriré de mis hermanos, sin resistir y sin lamentarme: esto es lo que Vos me encomendais y me enseñais con vuestro ejemplo. Son, es verdad, los hombres los que me hacen padecer y sufrir, diré yo entonces; pero sois Vos, ó Dios mio, que como un padre lleno de bondad me castigais ó me probais por su ministerio. Amen.

¹ Psalm. xxxv, 9. — ² Psalm. lxxiv, 9. — ³ Osee, i, 6.

MEDITACION CCCX.

JESÚS SE ENTREGA EN MANOS DE SUS ENEMIGOS.

(Luc. xxii, 52, 53; Matth. xxvi, 55, 56; Marc. xiv, 48, 52).

1.º Discurso de Jesucristo á las turbas; 2.º huida de los Apóstoles; 3.º de un jóven que se halla en el huerto de las Olivas.

PUNTO I.

Discurso de Jesucristo á las turbas.

1.º *Jesús las reprende en orden al hecho presente...* «Dijo, pues, «Jesús á los príncipes de los sacerdotes, y á los magistrados del templo, y á los ancianos que se habian movido contra él... Como á «ladron habeis salido con espadas y con palos á prenderme...» Los malos tratamientos que nosotros experimentamos nos son muchas veces menos dolorosos que la manera con que se nos hacen, cuando esta manera manifiesta el mal concepto que se tiene de nosotros, y sirve para que otros lo formen; y hé aquí el motivo mas ordinario de nuestras quejas... Todos nos oyen decir cada dia: ¿quién soy yo, pues? ¿Por qué me prenden? Me tratan como si yo fuese... ¡Ah! si fueses un verdadero discípulo de Jesucristo no te quejarías así; antes te alegrarías de verte tratado como tu Maestro. El Salvador ha hecho expresamente mencion de esta circunstancia, sobre que acaso nosotros no habríamos hecho reflexion, para que nos sirva de consuelo en semejantes ocasiones. Sus enemigos no se contentan con arrestarlo, lo hacen con un aparato el mas indecoroso y humillante. Se diría que se trataba de un hombre que se hacia temer y que era peligroso; de un ladron, de un asesino, de un enemigo de la Religion y del Estado, cuando era la misma dulzura, que jamás habia hecho resistencia alguna, que habia hecho siempre bien á todo el mundo, que siempre habia cedido á la tempestad, que se contentaba con huir cuando estaba amenazado, y que estaba acompañado solamente de algunos discípulos, y prohibia tambien á los que lo siguiesen emplear el medio de hecho, y volver injusticia por injusticia, injuria por injuria. ¡Qué dulzura en Jesucristo! ¡qué malicia en sus enemigos! ¡qué ejemplos, qué instrucciones para nosotros!

2.º *Jesús les trae á la memoria lo pasado...* «Todos los dias estaba entre vosotros sentado en el templo para enseñar, y no me habeis prendido...» Cada vez que Jesús iba á Jerusalem se iba á en-

señar al templo. En el curso de esta semana, y despues que volvió de Efraim, compareció en él todos los dias. Podian acordarse con qué aclamaciones fue recibido en él el dia primero, con qué frecuencia habia continuado á enseñar los otros dias, y como el martes, esto es, dos dias antes, le habian ellos mismos por sí, y tambien por medio de sus emisarios, hecho varias preguntas; como habia respondido á las cavilaciones maliciosas que le habian propuesto, y como bajo el velo de varias parábolas les habia anunciado el delito que se disponian á cometer, y el castigo que bien presto les vendria. Podian tambien traer á la memoria cuántas veces habian querido arrestarlo, y que otras tantas, aunque señores del templo, y teniendo en él tropa de guardia, habian visto frustrados sus designios y desvanecidos sus proyectos. Habria bien debido una tal memoria hacerles entrar en sí mismos, ó por lo menos servir para su conversion despues de su resurreccion. Pero si todo esto es para ellos inútil ¡ah! no lo sea para nosotros. Reconozcamos que Jesucristo ha obrado siempre de Señor absoluto y en cualidad de Hijo de Dios, que ha impedido las trazas y el furor de sus enemigos, y que se ha entregado en sus manos cuando ha querido, y cuando lo requería la obediencia que debia á su Padre, y el amor que tenia para nosotros.

3.º *Jesús deja en su libertad lo venidero con tres palabras dignas de observacion*, bien capaces de mover el corazon de sus enemigos, pero que antes bien sirvieron para poner el colmo á su obstinacion y dureza... 1.ª *«Pero esta es vuestra hora...»* La hora que ya por mucho tiempo era el objeto de vuestros deseos, hora funesta para vosotros, y al fin concedida por un justo juicio de Dios á vuestra ceguedad y á vuestra malicia... 2.ª *«Y la potestad de las tinieblas...»* Satanás ha obtenido sobre mí la potestad que deseaba, el infierno está para desencadenarse, y vosotros seréis sus diputados, sus ministros y sus cómplices... 3.ª *«Y todo esto ha sucedido para que se cumpliesen las Escrituras de los Profetas...»* Cuanto ha sucedido hasta ahora, y cuanto sucederá hasta mi muerte y despues de mi muerte, no es otra cosa que un exacto cumplimiento de cuanto han escrito los Profetas... Despues de estas palabras llenas de dignidad, de majestad, de divinidad, Jesús derribó, por decirlo así, el muro invisible que contenia como inmuebles sus enemigos. Sintieron que ya nada los detenia, y se dispusieron con una rabia y con una ceguedad incomprendible á consumir el atentado horrible que habian venido á ejecutar, y del que no habian podido apartarlos todos los

prodigios de fuerza, de dulzura y de caridad de que habian sido testigos... *«Pero esta es vuestra hora...»* ¡Desventurado momento es aquel que Dios en su cólera nos concede para pecar!... *«Y la potestad de las tinieblas...»* ¡Funesto poder es aquel que nosotros ejercitamos para ofender á Dios, para oprimir al inocente y seguir los designios del infierno! ¡Horribles *tinieblas* son las que cubren los delitos de los malos, que por un instante esconden su rubor, y les quitan la vista del precipicio en que se arrojan, y á que se seguirán las tinieblas exteriores y los suplicios del infierno!... *«Y todo esto ha sucedido para que se cumpliesen las Escrituras...»* ¡Desventurado de aquel que cumple las Escrituras solo con lo que pertenece á los pecadores, á sus excesos, á su dureza, á su impenitencia final y á los suplicios que les están reservados! ¿No estoy yo, no he estado, no estaré en este número? ¡Ah! estas divinas y terribles palabras del Salvador me penetren de espanto, me aparten del pecado, me hagan volver atrás de la orilla del precipicio si estoy ya en él.

PUNTO II.

Huida de los Apóstoles.

«Entonces todos los discípulos, dejándolo, se huyeron...»

1.º *Consideremos esta huida como un efecto de su infidelidad...* Jesús no pedia de ellos que combatiesen por él; se lo habia prohibido, no pedia que lo siguiesen, que se dejasen llevar á la cárcel, poner en cadenas para ser llevados á los suplicios y á la muerte; al contrario, habia mandado á las turbas que los dejasen ir. ¿Qué cosa, pues, debian hacer los Apóstoles? Debian retirarse, sobre la palabra de su Maestro, bien seguros que no les sucederia algun mal, y que el tercer dia, segun su promesa, lo verian resucitado. Pero no habian ellos querido jamás creer ni comprender lo que les habia dicho del misterio de su muerte y de su resurreccion. Así lo abandonaron, porque ya no tuvieron en él sino una fe incierta y vacilante, y porque, en vez de poner su confianza en la verdad de su palabra y en el socorro de su omnipotencia, la pusieron en sí mismos y en la precipitacion de su huida. Solo ha un momento que protestaban que le serian fieles hasta la muerte: solo ha un momento que estaban dispuestos á combatir por él, ¿cómo, pues, todos han mudado resolucion, han mudado ideas en un momento? Á la verdad, no son ellos los que se han mudado. Estarian prontos á combatir y á morir por él con las armas en la mano. Si huyen, es

porque la tentacion en que se hallan empeñados es muy diferente de la que se habian imaginado. Se trataba de ver á su Maestro en cadenas, en los suplicios, espirar sobre una cruz; y no obstante esto, creer en él como en el Hijo de Dios, y de esperar en él como en el Reparador y Restaurador del reino de Israel, y en el Salvador de todos los hombres; y esto es lo que jamás habian querido entender, y á lo que de ningun modo estaban dispuestos. Guardémonos de caer en la culpa de los Apóstoles, engañándonos sobre la naturaleza de las tentaciones á que estamos dispuestos. Si se tratase solamente de tomar las armas por la Religión, ninguna cosa hay mas natural para el hombre ni mas fácil: los paganos, los mahometanos, los herejes lo han hecho; pero no es esto lo que Jesucristo pide, antes lo prohíbe: pero ser humildes, sumisos, obedientes, dulces, pacientes, castos, piadosos, justos, modestos, recogidos, unidos á Dios... Hé aquí lo que debemos hacer, á lo que nos debemos preparar, y donde nos llevarán las tentaciones que debemos vencer.

2.º *Consideremos esta huida como un efecto de la Providencia...* Dios con su sabiduría sabe sacar bien del mal, y su providencia hace que todo sirva á la ejecucion de sus designios. Esta huida ó este abandono fue para Jesucristo una pena que quiso sufrir para darnos el ejemplo y merecernos la gracia de soportar semejantes pruebas... Esta huida fue predicha por los Profetas y por Jesucristo mismo; con que ella servia para el cumplimiento de los divinos oráculos. Esta huida hizo en adelante conocer á los mismos Apóstoles su propia debilidad, y nos advierte la nuestra. Esta huida nos hace conocer la virtud del Espíritu Santo, que pudo en un momento cambiar estos hombres, y de pusilánimes que eran hacerlos valerosos é intrépidos. Esta huida tan sinceramente confesada, y tan candidamente escrita, es una prueba de la verdad de la historia evangélica. No podemos sospechar mentira en hombres que publican tan francamente su flaqueza, su pusilanimidad y su vergüenza. Finalmente, esta huida confirma el testimonio que los Apóstoles han dado de Jesucristo, y da á sus palabras una fuerza á que ninguno puede resistir. Adoremos á Dios en la profundidad de sus caminos, y démosle gracias por haber multiplicado de este modo las pruebas de la verdad que él nos ha hecho anunciar.

3.º *Consideremos esta huida como un efecto del poder de Jesús...* Ninguna cosa era mas fácil á esta multitud unida y armada que asegurarse al mismo tiempo con Jesús de los once discípulos que

le habian quedado; y ninguna cosa era tan importante á la Sinagoga como arrestar todo de un golpe al Maestro y á los discípulos, y cortar á un mismo tiempo toda una doctrina que le era tan odiosa, y de que tenia tanto que temer. Pero no es cosa que se ha dejado en poder de los hombres el destruir la Iglesia de Jesucristo. Aquella palabra de Jesucristo... «*Dejad que estos se vayan...*» es eterna é inmutable. Es él el que en las mas crueles persecuciones hace la eleccion de los que quiere coronar, y la de los que quiere dejar para continuar su obra: ninguna potencia de la tierra ó del infierno puede romper este órden absoluto... «*Dejad que estos se vayan...*» Pensemos solamente en ser fieles, sin inquietud sobre el éxito, que está en las manos de aquel á quien el Padre ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra: bien presto veremos estos fugitivos y tímidos Apóstoles presentarse con confianza, y venir á ser los fundamentos de la Iglesia y las columnas inmobiles de la verdad. ¡Qué cosa puede haber ni mas grande ni mas divina!

PUNTO III.

De un jóven que se halla en el huerto de las Olivas.

1.º *Su imprudencia...* «Y un cierto jovencito seguia á Jesús cubierto con una sábana sobre la carne desnuda...» ¿Quién era este jovencito, y cómo se halla en un lugar tan peligroso? Era sin duda uno de los habitantes de aquella heredad de Getsemaní, que se despertó al ruido, y lo condujo su curiosidad... ¡Funesta curiosidad! Queremos verlo todo, queremos oirlo todo, todo lo queremos leer y saber. ¡Cuánta juventud ha sido víctima de su indiscreta curiosidad, y ha perdido por ello el reposo, los bienes, la inocencia y la vida!

2.º *Su prision...* «Y lo pillaron...» La prision de este jóven da bien á entender que la libertad que tuvieron los Apóstoles de huirse de allí no se puede atribuir al descuido ó inadvertencia, ó preocupacion de los judíos, sino solo á la protección de Jesucristo, que ni tampoco permitió que este jóven fuese comprendido en su desgracia, no queriendo que alguno padeciese por su causa.

3.º *Su huida...* «Pero él dejando la sábana escapó de ellos desnudo...» No es maravilla lo que este jóven hizo para salvar su libertad y su vida. ¿Y por qué no hacen todos otro tanto para salvar su inocencia y conservar la vida de su alma? Si alguna vez sin saberlo nos hallamos empeñados en algun mal paso, si nos hallamos

en cualquier ocasion ó en cualquier tentacion peligrosa, huyamos sin perder tiempo, dejemos si es necesario la capa como José ¹... Expongámonos á perderlo todo antes que la vida de la gracia. Con tal que escapemos de las manos de nuestros enemigos, ¿qué importa el modo como escapamos? ¿Qué importa que nuestra fortuna, que nuestra reputacion padezca? ¿que nosotros vengamos á ser materia de motes y objeto de desprecios? Dios sabrá muy bien recompensarnos. Todo lo demás es nada en comparacion de una vida eterna.

Peticion y coloquio.

¿Y por qué, ó Salvador mio, no era yo en vez de aquel jóven? Yo mismo me hubiera entregado en las manos de los enemigos para acompañaros hasta el Calvario, y morir allí por Vos y con Vos. Pero ¡ay de mí! ¿qué es lo que yo digo? ¿Por qué me lisonjeo así yo, que por un vano honor, por un respeto humano, por el mas pequeño interés he abandonado muchas veces vuestra causa? ¡Ah! no permitais ya jamás, ó Jesús, una cobardía semejante en mí. Vuestro amor, que por mí os entrega en manos de vuestros enemigos, regule todos los movimientos de mi corazon, y le enseñe á sufrir con alegría todo lo que tendré que sufrir por vuestro amor... Amen.

MEDITACION CCCXI.

DE LAS ATADURAS DE JESÚS.

(Joan. xviii, 42).

1.º Como Jesús ha sufrido ser atado: 2.º qué ventajas nos han traído las ataduras de Jesús; 3.º en qué cosa deshonramos las ataduras de Jesús.

PUNTO I.

Como Jesús ha sufrido ser atado.

1.º *Jesús en ser atado sufrió gran dolor...* «La cohorte, pues, y «el tribuno, y los ministros de los judíos prendieron á Jesús, y lo «ataron...» Podemos imaginarnos con qué furia aquellos lobos rapaces se arrojaron sobre aquel inocente Cordero, con qué violencia apretaron las cuerdas con que lo ataron, en cuántas maneras lo tiraron, lo empujaron, cuántas veces le hicieron tropezar y caer, con qué inhumanidad lo arrastraron en sus caidas, y con qué golpes lo

¹ Genes. xxxix, 12.

volvian á levantar... ¡Oh Jesús, qué preludio es este de cuanto queis sufrir por mí!... ¿Qué haria yo por un amigo que por mí se dejase cargar de cadenas? ¿Qué exigiria yo de un amigo por quien yo hubiese sufrido en su lugar las cadenas?

2.º *Sufrió grandes oprobios...* El triunfo de los cobardes está siempre lleno de arrogancia y de insulto... Los gritos de alegría que dieron los enemigos de Jesucristo cuando se vieron dueños de su persona; los golpes con que lo oprimieron, las injurias que le dijeron, las cosas que le echaron en cara, y los nombres odiosos que le pusieron, mostraban no solo su odio, sino tambien el sumo desprecio que de él hacian. Lo creian débil, desarmado, vencido é incapaz ya en adelante de hacer cosa alguna, ó por su defensa ó por su gloria.

3.º *Sufrió ser atado con el mayor amor...* ¡Ah! sin las ataduras de su amor ¿qué fuerza habrian tenido las ataduras de sus enemigos? Las habria roto con mayor facilidad que Sanson las suyas; pero su amor lo ha dado en manos de sus enemigos, y lo tienen esclavo... ¡Oh amor, y qué poderoso sois, pues sabeis reducir á la esclavitud la Omnipotencia! Reducidme, pues, tambien á mí; domadme, sujetadme y tenedme esclavo de tal manera, que en mí nada os resista, y nada me separe de Jesucristo hecho esclavo por mí.

PUNTO II.

Qué ventajas nos han procurado las ataduras de Jesucristo.

1.º *Han encadenado al demonio, y á nosotros nos han puesto en libertad...* Llevándolas por nosotros Jesús, ha expiado el mal uso que hemos hecho de nuestra libertad: ha roto la cadena de nuestras iniquidades y el yugo vergonzoso bajo del cual nos tenia esclavos el demonio; lo ha encadenado á él mismo, y tiene á la cadena este leon furioso que ya no puede tragar sino es á aquellos que tienen la temeridad de acercársele.

2.º *Hacen la consolacion de los esclavos y la gloria de los Mártires...* Los que están detenidos en las prisiones de la humana justicia, sean culpados ó inocentes, hallan en las ataduras de Jesucristo con que santificar las propias, con que consolarse, y con que fortalecerse. Pero aquellos que los tiranos en odio de la fe han hecho arrestar y cargar de cadenas, ¿qué fuerza no han hallado, y qué consuelo no han sacado de las ataduras de Jesucristo? ¿Cuánto se han alegrado de tener parte en ellas? Se han gloriado de sus cadenas,

y las han preferido con razon á los cetros y á las coronas de la tierra.

3.º *Nos unen á Dios y á su servicio...* Las ataduras de Jesucristo nos han obtenido la gracia de conocer y amar la gloria que hay en servir á Dios, en estar unido á él con una fidelidad inviolable para observar su santa ley. Á esta atadura indispensable de la ley de Dios, el amor de Jesucristo y el deseo de estar con él mas estrechamente unidos, han hecho añadir tambien otras que no podemos abrazar sin un valor heróico, y en pos de las cuales la Iglesia ve correr y suspirar un número infinito de sus hijos del uno y del otro sexo. Se ven renunciar con alegría y para siempre de su libertad, despojarse de sus bienes, y abandonar toda esperanza de poseer ó adquirir, consagrar sus cuerpos á la mortificacion, sujetarse á una regla austera, declarar guerra abierta á su espíritu, á su corazon, y consentir en pasar toda su vida en una total y comun dependencia.

PUNTO III.

En qué cosa deshonramos nosotros las ataduras de Jesucristo.

1.º *Rehusando obedecer á la ley de Dios, y cumplir las obligaciones del Cristianismo y de nuestro estado...* Entonces volvemos nosotros á poner en práctica el funesto uso de una mala libertad á que ya habíamos renunciado. En vez de permanecer unidos á Dios y atados con Jesucristo, volvemos á entrar en las cadenas del demonio para sufrir los males de la mas vergonzosa esclavitud.

2.º *Rehusando sufrir de la parte de los hombres...* Comprendamos bien una vez que los daños, las injusticias y los malos tratamientos que nos hacen los hombres son ocasiones que nos presenta Jesucristo de participar de sus ataduras; pero murmurar, lamentarse, impacientarse, procurar vengarse, esto es desechar las ataduras de Jesucristo, tener vergüenza de ellas, y por consiguiente deshonrarlas. ¿Y acaso las que él nos presenta son mas dolorosas, y mas injustas que las que él ha sufrido por nosotros? ¡Ah! si pensásemos en esto tendríamos vergüenza de nosotros mismos y de nuestra pusilanimidad.

3.º *Omitiendo el caminar á la perfeccion á que Dios nos llama...* Faltar á la propia vocacion, no adoptar el espíritu de nuestro estado, y no cumplir sus obligaciones, es rehusar las ataduras de Jesucristo, y preferir el estrépito y el tumulto de la esclavitud del mundo á la santa y pacífica libertad que se halla en el servicio de Dios.

Desecha tambien las ataduras de Jesucristo el que no quiere tener esclavo su espíritu, la imaginacion y sus sentidos para vivir en el recogimiento, en la atencion á la oracion y perseverar en su fervor... Desecha estas dulces ataduras que nos unirán á Jesucristo el que sigue la disipacion y la tibieza; pero la sequedad, la dureza del corazon, la indevocion, la agitacion misma y los remordimientos que experimentamos toman venganza por Jesucristo de nuestros desprecios, y nos hacen gemir bajo la esclavitud de los sentidos, mientras que tantos otros gustan una libertad deliciosa en las ataduras del amor que los une á Jesucristo.

Peticion y coloquio.

Ó Salvador mio, puedo y quiero suavizar el peso de vuestras cadenas, ayudándome vuestra gracia para romper las que me arrastran al pecado. Concededme, ó Jesús, esta gracia. Libre en la esclavitud, ó divino Redentor mio, es vuestro amor para conmigo el que os ata. ¡Ah! haced que yo no lleve ya otras cadenas que las de vuestro amor... Amen.

MEDITACION CCCXII.

PRIMER CONSEJO DE LOS JUDÍOS QUE SE TUVO LA NOCHE EN QUE JESÚS COMPARECE, Y ES JUZGADO DIGNO DE MUERTE.

(Joan. xviii, 42, 44, 49, 24; Math. xxvi, 57-63; Marc. xiv, 53-61; Luc. xxii, 54).

1.º El pontífice pregunta á Jesús; 2.º Jesús recibe una bofetada; 3.º se traen testigos.

PUNTO I.

El pontífice pregunta á Jesús.

1.º *Carácter de los jueces...* «La cohorte, pues, y el tribuno y los ministros de los judíos prendieron á Jesús... y lo llevaron primeramente á Anás, porque era suegro de Caifás, que era pontífice en aquel año. Caifás, pues, era el que había dado por consejo á los judíos que convenia que un hombre muriera por el pueblo... Lo condujeron (*después*) á Caifás, príncipe de los sacerdotes, donde se habían juntado... todos los sacerdotes, y los escribas, y los ancianos...» Anás, uno de los dos sumos pontífices, suegro de aquel que en aquel año ejercitaba el pontificado, era uno de aquellos afortunados del siglo, cuya prudencia estima el mundo á proporcion de las riquezas que han adquirido y de la dignidad á que han llegado.

A este fue primeramente conducido Jesús, tanto por hacerle honor, cuanto por darle el agradable espectáculo de ver á Jesús entre cadenas... Fue tambien conducido á él primero para advertirle que ya podia ir al Consejo que estaba junto en casa de su yerno, donde no habia querido ir con los otros antes que llegase el reo, ó sea porque no juzgase conveniente á su dignidad verse obligado á esperar, ó sea tambien porque no creia que pudiesen arrestar á un hombre que tantas veces se habia librado de sus manos, y que era tan fecundo de expedientes, y tan poderoso en milagros. Si su prudencia le sugeria estas reflexiones, tenia razon, porque Jesús jamás habria sido arrestado si no hubiera querido... Caifás, otro pontífice, yerno del primero, y que en aquel año estaba en ejercicio, era jóven, vivo é impetuoso, y enemigo particular de Jesús. No habian pasado aun quince dias que con la ocasion de la resurreccion de Lázaro habia condenado á Jesús á muerte por pura razon de politica, sin otro motivo que el de la multitud de sus milagros¹. A casa de este Pontífice fue conducido Jesús para ser juzgado. Anás se lo habia enviado, y bien presto se fué tambien allá él mismo. Los otros jueces eran sacerdotes, escribas, los ancianos del pueblo, la mayor parte fariseos y muchos saduceos. Estos últimos no creian en la otra vida. Todos estos jueces eran enemigos de Jesucristo, que él habia confundido mil veces en la disputa, y descubierto su corrupcion, sus rapiñas y su hipocresía. Ya estaban todos juntos en casa de Caifás. La mayor parte habia ya prevenido el juicio con el pontífice, condenando como él á Jesús á muerte, y los otros no estaban menos dispuestos á hacer en todo la voluntad de Caifás. Hé aquí el Consejo impío y sanguinario, delante del que quiso comparecer en forma de reo el Mesías, el Hijo de Dios, el Juez eterno de vivos y de muertos. Lo quiso para expiar la injusticia de nuestros propios juicios, y para enseñarnos á sufrir la injusticia de los que contra nosotros se pronuncian.

2.º *Pregunta del pontífice...* «Ahora el pontífice (*esto es, Caifás, pues san Juan dice que Caifás era el pontífice de aquel año*) preguntó á Jesús acerca de sus discípulos y acerca de su doctrina...» Hé aquí una pregunta muy mal fundada y bien irregular. ¿Hay cosa mas absurda que hacer arrestar un hombre sin que contra él se haya presentado alguna queja? ¿Puede darse cosa mas inaudita que comenzar por preguntar á él mismo sobre lo que á él mira, sin presentarle algun capitulo de acusacion? Finalmente, pregunta hecha

¹ Joan. xi, 49, 53.

ya muy tarde. Ya habia mas de tres años que Jesucristo tenia discípulos, y que instruia públicamente en el templo y en todo lugar: ellos mismos ya por mas de tres años lo habian oido y le habian propuesto los principales puntos de la ley para explicarlos en presencia del pueblo: habian frecuentemente admirado su doctrina, y ninguno jamás se habia lamentado, ni menos aquellos que ahora lo juzgan.

3.º *Respuesta de Jesucristo...* Querian pronunciar un juicio contra Jesucristo, y ni siquiera tenian aun pretextos para condenarlo: los buscaban, pero Jesucristo no se los queria suministrar, pues era necesario que su inocencia y la iniquidad de ellos fuesen manifestadas á todos los siglos venideros... «Jesús le respondió: Yo he hablado á la gente en público: yo he enseñado siempre en la sinagoga y en el templo, donde concurren todos los judíos, y no he hablado palabra en secreto. ¿Por qué me preguntas á mí? Preguntá á aquellos que han oido lo que yo les hablé: estos saben las cosas que yo he dicho...» La sabiduría en las cadenas de ningun modo es esclava. Nosotros encontramos aquí en Jesús aquella misma dulzura y aquella misma fuerza de discurso que en las sinagogas y en el templo han arrebatado tan frecuentemente la admiracion de los pueblos, han hecho enmudecer aquellos mismos que ahora se hacen sus jueces, y que aunque jueces, nada tienen aun que responderle... Os adoro, Sabiduría eterna, que sabeis aun en vuestras humillaciones cerrar la boca á la injusticia, manifestar vuestra inocencia, y consolar á todos los que están oprimidos y perseguidos de un odio injusto.

PUNTO II.

Jesús recibe una bofetada.

1.º *Indignidad de este tratamiento...* Apenas hubo dicho esto, uno de los ministros que estaban allí presentes dió una bofetada á Jesús, diciendo: ¿Así respondes al pontífice?... ¡Una bofetada!... ¿y por qué luego al punto no se secó aquella temeraria mano? ¿Cómo, pues, en el mismo instante no consumió á este miserable un rayo? ¿Cómo en el mismo momento no se arruinó la sala, el palacio de Caifás, y aun toda la ciudad entera de Jerusalem?... ¡Oh Majestad adorable! ¿por qué sufrís Vos un tratamiento tan indigno? ¡Ah! Vos lo sufrís, ó Jesús, para expiar mi orgullo, para enseñarme la humildad, para cerrar el camino á mis quejas, á mis lamen-

tos, y lo hubiérais sufrido en silencio si esta afrenta no hubiera ido acompañada de una reprensión á que vuestra sabiduría requería que respondiéseis.

2.º *Respuesta de Jesús al que le dió la bofetada...* « Respondióle « Jesús: Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿por qué me hieres?... » Jesús debía dar esta respuesta: 1.º *para su justificación...* La sospecha de que él hubiese hablado imprudentemente, ó inconsideradamente y sin atención, no debía quedar en el espíritu de sus jueces, ni en la historia de su pasión... 2.º *Para nuestra instrucción...* Nos enseña que no debemos jamás dejarnos transportar contra los que están constituidos en dignidad, que podemos justificar nuestra conducta sin temor y sin bajeza; pero que no debemos jamás faltar al respeto debido á las potestades, y que cuando seamos acusados, con cualquier apariencia de fundamento, de faltarles al respeto ó á la sumisión debida, es obligación nuestra rebatir la injuria con dulzura, para que no quede impresa en nuestro nombre una mancha que recaería sobre la causa que sostenemos... 3.º *Para confusión de sus enemigos...* Era necesario que en todo el curso de la pasión de nuestro Salvador compareciesen tan manifestamente su inocencia, su paciencia y su sabiduría, como la injusticia, el empeño y la violencia de los que lo condenaban.

3.º *Silencio de los jueces...* ¿No era una injusticia manifiesta en el presidente y en los jueces de esta asamblea permitir que alguno tuviese el atrevimiento de maltratar en su presencia, sin razón y sin autoridad al que estaba citado á su tribunal?... Jesús pide que él manifieste en qué ha hablado mal. ¿Hay cosa mas justa y racional? Pero el silencio que se guarda, y la impunidad que se le concede, prueban igualmente que el Consejo aprueba la violencia y la injusticia que de ella resulta... Adoremos en todo esto la conducta admirable del Salvador, y tengamos por regla de la nuestra su paciencia y su sabiduría.

PUNTO III.

Se llaman testigos.

1.º *De la inquietud de los jueces por tener falsos testigos...* « Y los « príncipes de los sacerdotes y todo el Consejo buscaban algun testimonio contra Jesús para hacerlo morir, y no lo hallaban, habiéndose « presentado muchos falsos testigos... porque muchos deponían lo « falso contra él, mas sus deposiciones no se concordaban entre sí... » Si los pontífices y el Consejo hubiesen querido solamente hacer morir

á Jesucristo, lo habrían hecho sin formalidades, como despues hicieron morir á san Estéban: no habrían tenido necesidad de testigos, ó hubieran sido convenientísimos para su intento los que se presentaban. Pero el odio y el deseo de hacerlo para siempre infame les hizo emprender el hacerlo morir por sentencia pública, y por medio del suplicio de la cruz. Ahora no habia otro que Pilato que debiese en Jerusalem pronunciar una tal sentencia... Se trataba, pues, de entregarle á Jesús para que le condenase á muerte; pero entregándosele eran necesarias las acusaciones y testimonios suficientes para obtener del magistrado romano la sentencia de muerte que se deseaba; y estas acusaciones y estos testimonios no se hallan ahora, porque fuera de que estos testimonios no se concordaban entre sí, y se destruían los unos á los otros, segun la apariencia, miraban solamente á las observancias de la ley, y á algunos puntos de doctrina que no habrían hecho mucha impresion en el espíritu del gobernador... Hé aquí lo que desesperaba á estos jueces de iniquidad: omitiendo imprudentemente el buscar la verdad, estaban solamente inquietos, porque en la mentira misma no encontraban con qué sorprender la equidad natural de un magistrado pagano... ¡Qué hombres! Con todo eran la flor de la nación, lo que ella tenia de mas grande, y lo que presentaba de mas respetable.

2.º *Del testimonio que depusieron dos falsos testigos...* « Pero al fin « vinieron dos falsos testigos... y alzándose atestiguaban lo falso contra él, diciendo: Nosotros le hemos oído decir... Puedo destruir el « templo de Dios, y reedificarlo en tres dias... Yo destruiré este templo fabricado con las manos, y en tres dias fabricaré otro no hecho con las manos... » Estos dos testigos eran falsos en cuanto que mudaban las palabras del Salvador, el cual no habia dicho, ni *puedo destruir*, ni *destruiré*, sino *destruid*, que puede tambien interpretarse, *vosotros destruiréis*. Eran tambien falsos, pero acaso sin saberlo, en cuanto que aplicaban al templo material lo que Jesús decia del templo de su cuerpo. Estos dos á lo menos convenian entre sí, pues segun el Evangelista los dos decían una misma cosa. « Pero todavia su testimonio no era suficiente... » De hecho, hubiera sido una audacia insufrible representar á Pilato como un delito digno de muerte esta palabra, aun cuando la hubiese dicho el Salvador en los términos que deponían los testigos, y que ellos le daban. Poco le importaban á Pilato los intereses del templo: por otra parte, una palabra que no habia tenido algun efecto, y á que no se habia seguido tentativa alguna, era de ninguna consecuencia; y finalmen-

te, el que prometía destruir el templo y reedificarlo no mostraba ser un impío ni un enemigo del templo: por esto los jueces de esta asamblea no hicieron uso alguno de esta deposición delante de Pilato, no pudiendo con ella agravar al acusado; pero la hicieron valer para con el pueblo hasta echarla en cara á Jesucristo cuando estaba sobre la cruz. ¡Oh qué enormidad, qué malignidad se encuentra en todo esto! Pero admiremos aquí las disposiciones de la Providencia, y como esta predicción del Salvador hecha en la primera Pascua de su predicación dos años antes se le opone ahora en la última por los mismos que la ejecutan. Admiremos como esta predicción sirve ella misma á su ejecución, y viene á ser el motivo y el medio para ella. ¡Oh profundidad admirable de los caminos de Dios! ¡Oh, y cuán limitadas son las miras de los hombres! Los malvados con su malicia misma concurren á los designios de Dios. Los judíos cumplen la predicción de Jesucristo, de que ellos le forman un delito, la cumplen en aquello mismo que le hacen el delito.

3.º *Del silencio de Jesucristo...* «Y alzándose en medio el sumo sacerdote (*Caifás*), preguntó á Jesús diciendo: ¿No respondes tú «nada á las cosas que te oponen estos? Pero él callaba, y nada respondió...» No respondió palabra á los falsos testimonios: no respondió palabra al mismo sumo sacerdote. Jesús observa un silencio profundo, universal y constante... ¡Oh Sabiduría eterna! Vos, que poco tiempo há hablásteis con tanta dulzura y fuerza, ¿por qué ahora calláis cuando contra Vos se levantan falsos testimonios; cuando el sumo sacerdote, olvidado de la formalidad y circunspección propias de su estado, se levanta de su puesto, se adelanta como un furioso, y viene á preguntaros él mismo sobre las razones de vuestro silencio? Pero en esto y en todo lo restante Vos cumplís las profecías que os comparan al cordero mudo delante de aquel que lo trasquila¹; y vuestra sabiduría no menos resplandece en vuestro silencio que en vuestras palabras. De hecho, ¿y por qué habeis de hablar Vos cuando vuestros acusadores se contradicen ellos mismos, y hacen deposiciones falsas y frívolas, cuando vuestros jueces ni siquiera piensan en esconder su audacia, su furor, su injusticia? ¡Ay de mí! ¡Cuán poco os imito! ¿No son estas por ventura las ocasiones en que me creo yo con derecho de alzar la voz, y de dar mis quejas á toda la tierra?... ¿Por qué os habeis de justificar Vos cuando estais hecho cargo de expiar nuestras falsas justificaciones, y los verdaderos delitos de que nos acusa la justicia de Dios vuestro Pa-

¹ Isai. LIII, 37.

dre?... ¡Entiendo muy mal mis intereses cuando no imito vuestro silencio! Sufriendo sin justificarme las falsas acusaciones de los hombres, expiaría por vuestros méritos las enormes y verdaderas que contra mí deponen mis muchos pecados... ¿Por qué os habeis de lamentar Vos de la injusticia que se os hace, cuando sabeis bien la justicia que os hará Dios vuestro Padre, y la gloria con que coronará vuestro silencio, constituyéndoos juez de todos los hombres? ¡Ah! poco me importarian los juicios de los hombres si pensase que sus injusticias sufridas en silencio serian para mí en vuestro juicio un manantial de felicidad y de gloria.

Petición y coloquio.

Concededme, ó Salvador mio, el imitar vuestro ejemplo. Léjos de mí aquella máxima tan contraria á vuestro espíritu; esto es, que conviene necesariamente lavar las injurias con la venganza. ¡Oh, y cuán noble es vuestro silencio, cuán elocuente! Tantos oráculos salidos de vuestra sagrada boca, tantos milagros obrados cuando mandásteis á los vientos, al mar, á los demonios, á las enfermedades y á la muerte, no han probado tan sensiblemente vuestra divinidad, como lo hace ahora vuestra heroica paciencia: hacedme, ó Jesús, imitador fiel de ella. Amen.

MEDITACION CCCXIII.

CONTINUACION Y FIN DEL PRIMER CONSEJO DE LOS JUDÍOS, TENIDO EN AQUELLA NOCHE EN QUE JESÚS COMPARECE, Y ES JUZGADO REO DE MUERTE.

(Math. xxvi, 63-66; Marc. xiv, 61-64).

SEGUNDO EXÁMEN.

Consideremos: 1.º el precepto que el sumo sacerdote impuso á Jesús; 2.º la respuesta; 3.º las razones de esta respuesta; 4.º los efectos que tuvo esta misma respuesta.

PUNTO I.

Precepto del sumo sacerdote.

«Y el príncipe de los sacerdotes... de nuevo le preguntó, y le «dijo... Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, «el Hijo de Dios... bendito...»

1.º *Precepto ilusorio...* Ya habia mucho tiempo que Jesucristo se decia el Mesías y el Hijo de Dios, y que por medio de sus obras pro-